

Jeremy D. Popkin

El nacimiento de un mundo nuevo

Historia de la Revolución francesa



Galaxia Gutenberg

JEREMY D. POPKIN

El nacimiento de un mundo nuevo

Historia de la Revolución francesa

Traducción de
Ana Bustelo Tortella

Galaxia Gutenberg

Edición al cuidado de María Cifuentes

Título de la edición original: *A New World Begins. The History of the French Revolution*

Traducción del inglés: Ana Bustelo Tortella

Publicado por
Galaxia Gutenberg, S.L.
Av. Diagonal, 361, 2.º 1.ª
08037-Barcelona
info@galaxiagutenberg.com
www.galaxiagutenberg.com

Primera edición: septiembre de 2021

Segunda edición (primera en este formato): junio de 2026

© Jeremy D. Popkin, 2019
© de la traducción: Ana Bustelo, 2021
© Galaxia Gutenberg, S.L., 2021

Preimpresión: María García
Impresión y encuadernación: Sagrafic
Depósito legal: B 6634-2026
ISBN: 979-13-88236-07-5

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización de sus titulares, aparte de las excepciones previstas por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear fragmentos de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93)

*A mis padres, Richard H. Popkin (1923-2005)
y Juliet Popkin (1924-2015), que me transmitieron el amor
por el aprendizaje, y a mi abuela Zelda Popkin (1898-1983),
que hizo que quisiera ser escritor*

La fuerza de los acontecimientos nos ha llevado, quizá, a hacer cosas que no habíamos previsto.

LOUIS-ANTOINE DE SAINT-JUST, 1794

Índice

Prefacio.....	13
1. Dos vidas francesas en el antiguo régimen	21
2. La monarquía, los <i>philosophes</i> y el público	49
3. La monarquía a la deriva	81
4. «Todo debe cambiar»	97
5. Una nación en armas	117
6. La Revolución en la sala del Juego de Pelota: de los Estados Generales a la Asamblea Nacional.....	139
7. Una revolución del pueblo	155
8. Del Gran Miedo a la Declaración de Derechos	173
9. Redacción de una constitución y conflicto	199
10. Un mundo nuevo dividido	227
11. Un rey a la fuga y una crisis constitucional	271
12. Una segunda revolución	293
13. Una república que nació en una crisis	335
14. La Revolución al borde del abismo.....	381
15. El punto álgido del Terror.....	427
16. El nuevo comienzo de la República.....	471
17. La República cuestionada.....	515
18. De fructidor a brumario	547
19. La muerte lenta de la República	583
Epílogo	621
Agradecimientos.....	627
Notas	631
Índice analítico	677

Prefacio

¿Por qué una nueva historia de la Revolución francesa?

A finales de 1793, un impresor de Lexington, un asentamiento fronterizo americano en Kentucky –tan lejos de la Revolución francesa como cualquier punto del mundo occidental–, publicó *El almanaque de Kentucky, del año del Señor 1794*. Además del calendario y el pronóstico del tiempo para el siguiente año, el texto destacado era un poema, «La plegaria americana por Francia». El poeta anónimo se refería a la deidad como el «Protector de los derechos del hombre» y le suplicaba así: «Haz que la raza elegida se regocije, / y conceda que los REYES no puedan reinar más». Su mensaje era claro: el resultado de la Revolución francesa importaba, no sólo a los «héroes valientes de Francia, a sus gobernantes justos», sino a todos aquellos que en el mundo entero creían que los seres humanos estaban dotados de derechos individuales y que era necesario derrocar a los gobernantes arbitrarios. Sin embargo, al mismo tiempo, las palabras del poeta mostraban lo difícil que era descifrar a distancia la agitación que había comenzado en Francia en 1789. En el momento que el autor de Kentucky pedía la protección de Dios para la Revolución, los revolucionarios estaban suprimiendo el culto religioso en Francia, mientras él alababa la justicia de sus acciones, su Tribunal Revolucionario estaba forzando la definición de justicia hasta sus límites.¹

Más de doscientos años después de los dramáticos eventos que comenzaron en 1789, la historia de la Revolución francesa sigue siendo relevante para todos los que creen en la libertad y la democracia. Cada vez que se producen movimientos por la libertad en cualquier parte del mundo, sus partidarios afirman estar siguiendo el ejemplo de los parisinos que asaltaron la Bastilla el 14 de julio

de 1789. Cualquiera que lea las palabras de la Declaración de los Derechos del Hombre y del Ciudadano, publicada en agosto de 1789, reconocerá inmediatamente los principios básicos de libertad individual, igualdad jurídica y gobierno representativo que definen las democracias modernas. Sin embargo, cuando pensamos en la Revolución francesa, también recordamos los violentos conflictos que enfrentaron a los que participaron en ella y las ejecuciones en la guillotina. Asimismo, recordamos el ascenso al poder del carismático general cuya dictadura acabó con el movimiento. Comprender la Revolución francesa hoy, desde mi estudio en Lexington, es tan difícil como lo fue para el autor anónimo de *El almanaque de Kentucky*.

En los años setenta del siglo xx, cuando empezaba mi carrera como académico y profesor, todavía estaba en el ambiente el recuerdo de los actos de protesta estudiantil en los campus universitarios de todo el mundo en la década anterior. Esos movimientos habían despertado el interés por la Revolución francesa, que parecía ser, junto con la Revolución rusa de 1917, uno de los grandes ejemplos de cómo poner fin de forma exitosa a una sociedad opresiva. Es irónico que la interpretación que se hacía de la Revolución francesa en esos años de agitación fuera, en gran medida, inamovible: prácticamente todos los historiadores estaban de acuerdo en que había sido la consecuencia de las frustraciones de una clase «burguesa» que estaba emergiendo y que estaba decidida a desafiar un viejo orden «feudal» que obstaculizaba el progreso político y económico.

En 1989, cuando participé –junto con otros investigadores de todas partes del mundo– en numerosos actos de conmemoración del bicentenario de la Revolución francesa, la situación había cambiado por completo. Los regímenes comunistas de Europa del Este se estaban tambaleando y el hecho de que la Revolución francesa hubiera inspirado a los soviéticos era una razón para preguntarse si la conmoción de Francia había traído consigo más excesos totalitarios que progreso social. Los polémicos ensayos del dinámico historiador francés François Furet desafiaron la ortodoxia que había dominado el estudio de la Revolución; entre otras cosas, apeló a los

estudiosos del mundo angloparlante para que trataran el asunto desde otra perspectiva.

Las décadas transcurridas desde 1989 han suscitado todavía más preguntas sobre la Revolución francesa. En 1789, los franceses proclamaron que «todos los hombres nacen y permanecen libres e iguales en derechos», pero ¿qué pasa con las mujeres? Al comienzo de la Revolución americana, la esposa de John Adams, Abigail, le instó en una carta a «recordar a las damas, a ser más generoso y a pensar más en ellas que sus antepasados». ² En la Francia revolucionaria, las cuestiones sobre los derechos de la mujer y las relaciones entre los sexos que aún hoy nos preocupan se debatieron abiertamente en la prensa, en los clubes políticos e incluso en la legislatura nacional. Mary Wollstonecraft, reconocida como la precursora del feminismo moderno, escribió su novedosa *Vindication of the Rights of Women* (*Reivindicación de los derechos de la mujer*) en el París revolucionario, pero un crítico francés, al hacer una reseña, comentó que las francesas ya habían demostrado que podían hacer más incluso de lo que Wollstonecraft imaginaba. ³ Algunas de las mujeres de la época –la dramaturga y escritora de panfletos Olympe de Gouges, la novelista y anfitriona de un salón literario Madame de Staël, la política entre bastidores Madame Roland y la infeliz reina María Antonieta– se convirtieron en destacadas figuras públicas y dejaron abundante documentación sobre su forma de pensar. Otras participaron en revueltas o ejercieron su influencia a través de sus quejas diarias sobre el precio del pan. Bajo las nuevas leyes de matrimonio y divorcio, algunas mujeres acogieron con agrado la posibilidad de cambios en la vida familiar; otras desempeñaron un papel clave al obstaculizar los esfuerzos de los hombres revolucionarios por acabar con la Iglesia católica. Una historia de la Revolución francesa que no «recuerda a las damas» es una historia incompleta.

Actualmente, se estudian asuntos como la raza y la esclavitud durante la Revolución francesa, cuestiones a las que no se prestó atención en el pasado. En el mapa, las islas dispersas del imperio de ultramar de Francia en 1789 parecían insignificantes comparadas con las posesiones de los británicos, los españoles y los portugueses, pero su importancia no estaba en función de su tamaño. En 1787,

las colonias suministraban el 37 por ciento de los bienes importados por Francia y se llevaban el 22 por ciento de sus exportaciones. Una sola colonia francesa, Saint-Domingue (también conocida como Santo Domingo francés), la isla que ocupan hoy Haití y la República Dominicana, era la proveedora de la mitad del suministro mundial de azúcar y café. Estas ganancias procedían del trabajo de hombres y mujeres negros esclavizados. En 1789, las islas azucareras francesas del Caribe y el Océano Índico contaban con 800.000 esclavos, algo más que los 670.000 que había en los trece nuevos estados independientes de América; de hecho, el número de africanos transportados a las colonias francesas alcanzó su pico histórico justo cuando los revolucionarios proclamaban que «los hombres nacen y permanecen libres e iguales en derechos». Las colonias y sus esclavos estaban lejos de Europa, pero preocupaban a los pensadores de Francia. La *Histoire des deux Indes* (*Historia de las dos Indias*) del abate Guillaume Raynal, una obra en varios volúmenes con pasajes que condenan el colonialismo y la esclavitud, fue un gran éxito de ventas en los años prerrevolucionarios. En 1788, María Antonieta autorizó la donación de un reloj de oro para «Jean-Pierre, el mulato de la señora de Boismormand», compañero de juegos de su hijo.⁴ La cuestión de cómo reconciliar los principios de la libertad con la importancia económica de las colonias supuso un quebradero de cabeza para los líderes revolucionarios a lo largo de la década de 1790. Tras mucha polémica, votaron a favor de la abolición de la esclavitud y de la concesión de plenos derechos a personas de todas las razas, pero esto no ocurrió hasta después de enfrentarse a la mayor rebelión de esclavos de la historia, el comienzo de una «Revolución haitiana» que terminó en 1804 con la creación de la primera nación negra independiente de América. Una historia de la Revolución francesa que da a este tema —previamente olvidado— la atención que merece cambia nuestra comprensión del significado del movimiento.

Los acontecimientos de las primeras décadas del siglo XXI, por los que se han puesto en duda las instituciones políticas tradicionales, nos remiten también a la Revolución francesa. Las protestas de la época de la Revolución contra la globalización económica y las consecuencias del libre comercio a menudo se parecen de una for-

ma inquietante a las reivindicaciones de los movimientos actuales. Como sostenían que el gobierno debía representar la voluntad del pueblo, los revolucionarios franceses fueron los precursores tanto de la democracia política moderna como del populismo antielitista moderno, y al estudiar los acontecimientos del decenio de 1790 en Francia se ven claramente los conflictos que pueden surgir entre ambos. Mientras el mundo de hoy intenta hacer frente al resurgir del nacionalismo militante, es necesario volver a analizar la forma en que la Revolución francesa otorgó a la palabra «nación» una fuerza explosiva. Los violentos debates de la Revolución sobre el lugar que debe ocupar la religión en la sociedad y la poderosa resistencia a sus esfuerzos por imponer valores seculares, también prefiguran los conflictos de nuestro tiempo. Los participantes en la Revolución francesa, igual que la gente de hoy, notaron que estaban viviendo una transformación de los medios de comunicación; la proliferación de periódicos y panfletos, por ejemplo, hizo que pareciera que el tiempo se había acelerado, y las dificultades para distinguir entre la verdad política y los falsos rumores eran una constante. Por último, en una época en que la «disrupción» se ha convertido en un programa político, conocer el experimento de la Revolución francesa de demoler deliberadamente un orden existente nunca ha sido más relevante. Nuestra propia experiencia de disrupción también da nueva relevancia a los esfuerzos de los revolucionarios, en los cinco años que pasaron desde el final del Terror hasta el ascenso de Napoleón, para estabilizar la sociedad sin echar a perder los logros positivos del movimiento.

La Revolución francesa se desarrolló en un momento en que el gusto del público se inclinaba por las obras melodramáticas y las novelas que trataban el duro enfrentamiento entre el bien y el mal. Las historias de la Revolución a menudo repiten este patrón, incluso cuando los autores no están de acuerdo sobre qué figuras y movimientos deben considerarse los héroes y cuáles los villanos. Mi itinerario personal como estudioso de la Revolución me ha llevado a buscar una visión equilibrada de los hombres y mujeres de la época revolucionaria. Mis primeros proyectos de investigación sobre la

historia revolucionaria francesa los dediqué a escritores y periodistas que se oponían a la rebelión. Aunque nunca adopté sus filosofías conservadoras, me pareció un desafío entender por qué personas inteligentes y elocuentes argumentaban con tanto ahínco contra los ideales de libertad e igualdad que yo aceptaba como algo evidente. A medida que ampliaba mis investigaciones sobre el periodismo de la época revolucionaria, tuve que relacionarme con los escritores que estaban a favor del movimiento o que incluso pensaban que no había sido lo suficientemente contundente, y lidiar con la paradoja de que los más ruidosos defensores de la democracia durante la Revolución, como Jean-Paul Marat y el hombre tras el seudónimo Père Duchêne, eran también los más exaltados defensores de la violencia explícita.

A mitad de mi carrera académica, me encontré explorando los dramáticos acontecimientos que llevaron a los revolucionarios franceses a su histórica declaración, en 1794, de que la esclavitud era una violación inaceptable de los derechos humanos, y que las personas negras de sus colonias debían ser ciudadanas francesas de pleno derecho. Descubrí que, aunque desde un punto de vista se podía afirmar que la Revolución era un drama en blanco y negro, no se trataba de una simple confrontación entre héroes y villanos. Los reformadores abolicionistas comprendían que la esclavitud y los prejuicios raciales eran algo injusto y, sin embargo, muchos de ellos estaban tan convencidos de que los negros no estaban preparados para la libertad que dudaron en sacar lo que ahora parecen las conclusiones obvias de sus propios principios. Los negros de las colonias francesas que se rebelaron contra la opresión no siempre vieron a los revolucionarios franceses como aliados. Toussaint Louverture, la principal figura de la insurrección que finalmente llevó a la independencia a la mayor y más valiosa colonia de ultramar de Francia, dijo a los franceses que él estaba luchando por «otra libertad», que no era la que los revolucionarios estaban dispuestos a ofrecer.

Es imposible describir en términos simples a casi ninguno de los cientos de personajes que los lectores encontrarán en estas páginas. Luis XVI y María Antonieta no podían comprender los principios revolucionarios de libertad e igualdad, pero estaban

comprometidos de verdad con lo que creían que era su deber de defender las instituciones establecidas de la nación. Destacados líderes revolucionarios, desde Mirabeau a Robespierre, abogaron por principios admirables, pero también aprobaron medidas con un alto costo humano en nombre de la Revolución. Los hombres y mujeres comunes fueron capaces tanto de actos de valor, como el asalto a la Bastilla, como de actos de crueldad inhumana, incluyendo las matanzas de septiembre de 1792. Ciertamente, todos los participantes podrían haber estado de acuerdo al menos en una cosa: la verdad de las palabras de un joven legislador revolucionario, Louis-Antoine de Saint-Just, cuando afirmó que «la fuerza de los acontecimientos nos ha llevado, quizá, a hacer cosas que no habíamos previsto».⁵

El hecho de que la Revolución francesa siga siendo relevante hoy día no significa que los eventos de 1789 sean simples o que puedan ofrecer respuestas claras a las preguntas de nuestros días. La nueva forma de ver algunas cuestiones, como el papel que tuvo la mujer en la Revolución, los debates de los revolucionarios sobre la raza y la esclavitud, y la forma en que la política revolucionaria prefiguró los dilemas actuales de la democracia, puede darnos una visión diferente del movimiento, pero el mensaje de la Revolución y sus consecuencias siguen siendo ambiguos. La libertad y la igualdad significaban cosas muy distintas para diferentes personas en ese momento, como sigue ocurriendo desde entonces. Una de las lecciones más relevantes de la Revolución, primero impulsada por el crítico conservador Edmund Burke, y articulada con más fuerza por el gran teórico político del siglo XIX Alexis de Tocqueville, es que las acciones tienen, inevitablemente, consecuencias no deseadas. Sin embargo, una lección igual de importante es que a veces es necesario luchar por la libertad y la igualdad, a pesar de los riesgos que conlleve el conflicto. El respeto por los derechos individuales inherentes a los propios principios de la Revolución nos obliga a reconocer la humanidad de quienes se opusieron a ella, y también a tener en cuenta las opiniones de quienes pagaron un precio por quejarse de que el movimiento no siempre cumplía sus propias promesas. A pesar de sus defectos, la Revolución francesa sigue siendo una parte vital de la herencia de la democracia.

Dos vidas francesas en el antiguo régimen

El 21 de enero de 1793, Luis XVI, rey de Francia y Navarra, heredero de catorce siglos de monarquía francesa, subió los escalones del patíbulo de París y murió en la guillotina. Su muerte se convirtió en el símbolo del victorioso movimiento revolucionario que había comenzado con la toma de la Bastilla y la Declaración de los Derechos del Hombre y del Ciudadano en 1789. Entre los que vieron pasar el carruaje del rey camino de su ejecución había miles de plebeyos de París: artesanos, trabajadores y comerciantes cuyo ferviente entusiasmo por las promesas de libertad e igualdad había permitido que ese movimiento derribara el viejo orden en Francia. Unos años más tarde, un vidriero que se llamaba Jacques-Louis Ménétra se convertiría en una de las pocas personas corrientes que escribiría el relato de su propia vida antes y durante la Revolución.

Las experiencias que cuenta Ménétra en sus memorias lo sitúan a un lado del abismo que había entre los dos mundos —el de la jerarquía y el privilegio en el que se crio Luis XVI y el de la gente común— que chocaron con tanta violencia durante la Revolución francesa. Lo que vivió Ménétra en su niñez le había preparado, si no para hacer una revolución, sí para entender las posibilidades que habría en un mundo en el que los individuos pudieran tomar decisiones importantes sobre su vida y esperar que se les tratara como iguales. A Luis XVI, en cambio, le habían enseñado desde pequeño que la existencia de la sociedad dependía de que las personas aceptaran el rango que se les asignaba por nacimiento. Luis XVI no siempre disfrutó de la vida estrictamente programada que le había tocado; es posible que soñara con vivir de una forma más libre, más parecida a la de Ménétra. Sin duda, su esposa, la reina María

Antonieta, sí lo había imaginado: se hizo construir un pueblo artificial, el Hameau, en los terrenos de Versalles, donde ella y sus compañeros jugaban a ser campesinos. Sin embargo, ni el rey ni la reina podían imaginar una sociedad en la que los individuos fueran libres de cambiar la situación en la que habían nacido. Lo que les llevó a la muerte en 1793 fue su incapacidad para aceptar los valores que sus antiguos súbditos habían empezado a ver como naturales y justos.

Luis Augusto, el futuro Luis XVI, nació en 1754 y fue el símbolo viviente de los privilegios hereditarios y las desigualdades sociales que los revolucionarios se habían propuesto derribar. Desde el momento de su nacimiento, su vida estuvo marcada por su ascendencia. Su infancia transcurrió en el palacio de Versalles, que su famoso tatarabuelo, Luis XIV, había construido para mostrar la grandeza de la monarquía francesa. Allí aprendió las complejidades que conllevaba su posición desde una edad temprana. Tenía un hermano mayor, el duque de Borgoña, y al pequeño Luis Augusto se le recordaba constantemente que, algún día, este hermano sería el rey, y él, su súbdito, de modo que su deber sería obedecerle. Desde que era niño, Luis aprendió a desempeñar su papel en los rituales de la corte, vestido con ornamentados trajes que enfatizaban su rango. Veía poco a sus padres, como era habitual en los hogares aristocráticos. Las tareas de crianza estaban en manos de un personal bajo el mando de la institutriz real, que tenía predilección por el hermano mayor, el presunto heredero al trono, y por los menores, el conde de Provenza y el conde de Artois, todos más alegres y dicharacheros que él.

En la burbuja de Versalles en la que se crio el futuro Luis XVI, los adultos con los que se relacionaba o bien eran nobles titulados, muy conscientes de cualquier mínima gradación de estatus entre ellos, o eran sirvientes cuya actitud solícita servía para enfatizar el sentido de importancia de sus amos. Siglos antes, los duques y barones habían sido guerreros que gobernaban sus propios feudos locales. A lo largo de los siglos, los antepasados de Luis XVI habían privado a los nobles de su independencia política, pero los

miembros de su casta, con los que el joven príncipe se trataba en Versalles, ejercían su influencia como cortesanos y desde sus puestos bien remunerados en la administración real y en la Iglesia católica. Los cortesanos de Versalles formaban parte de una red cuyos miembros estaban dispersos por todo el reino, unidos por su estatus jurídico y social. Para asegurar la lealtad total de sus servidores más cercanos, los monarcas como Enrique IV y Luis XIV recompensaban a los jueces y a los altos funcionarios otorgándoles un título nobiliario, aunque fueran de origen plebeyo. Esto creaba una división entre la nobleza de espada, cuyos antepasados habían sido guerreros, y la nobleza de toga, que había obtenido su rango a través del servicio al Estado.

Se valoraba mucho el estatus de noble en la sociedad francesa porque traía consigo importantes privilegios. Los nobles estaban exentos de muchos de los impuestos más onerosos, por ejemplo, la *taille*, o talla, el principal impuesto directo que se cobraba a los campesinos. Los puestos más prestigiosos del gobierno y de la Iglesia estaban reservados para los nobles; también lo estaban unas plazas determinadas en las academias reales y casi todos los puestos de oficiales del ejército y la marina. Tenían derecho a llevar la espada al cinto en público y podían dar un toque de distinción a su estatus añadiendo el nombre de sus posesiones a sus apellidos con la partícula noble «de». Contaban con asientos reservados en sus iglesias locales y en ceremonias públicas, y tenían el derecho exclusivo de poner veletas en sus castillos o casas solariegas. Sólo los nobles tenían derecho a cazar en el campo: podían pisotear los cultivos de los campesinos mientras perseguían ciervos y liebres. Si se los condenaba a muerte, tenían el privilegio de morir en la guillotina. Se consideraba un método de ejecución más digno que el ahorcamiento, que se reservaba para los plebeyos.

Los nobles no debían tomar parte en los sucios negocios del comercio ni en cualquier tipo de trabajo manual, para dejar constancia de que a ellos los movía el honor, no el dinero. Existían varios mecanismos por los que las familias plebeyas ricas podían acceder a la nobleza. Era un proceso que normalmente llevaba varias generaciones, pero una vez que se convertían en *anoblis* (ennoblecidos), abandonaban la ocupación con la que habían amasado su fortuna.

En teoría, se suponía que los nobles tenían que vivir de los ingresos que obtenían de sus propiedades. En la práctica, encontraron la forma de obtener beneficios del comercio y la manufactura en expansión en la Francia del siglo XVIII invirtiendo en todo tipo de empresas, desde las fábricas hasta la esclavitud. Alrededor del rey, en Versalles, había un grupo pequeño de aristócratas muy ricos, que peleaban por los puestos más deseables en la corte y por las recompensas reales. En el otro extremo estaban las familias nobles empobrecidas que poseían poco más que sus títulos y unas hectáreas de tierra, y que a menudo estaban resentidas por los favores que recibía la nobleza de la corte, siempre bien relacionada. En cualquier caso, en general, los nobles eran más ricos que los miembros más prósperos de la burguesía. La plebe vigilaba sus gastos cuidadosamente, sabía que podía perder su estatus social si no pagaba sus cuentas. Los nobles no tenían esa preocupación: su posición era inamovible y, como clase, no daban importancia alguna a la acumulación de deudas.

En su niñez, Luis daría por hecho que su vida iba a ser la de un miembro extraordinariamente privilegiado de la nobleza, pero no pensaría que iba a desempeñar una posición de poder real. Sin embargo, cuando Luis tenía siete años, murió su hermano mayor y él pasó a estar segundo en la línea de sucesión, después de su padre, el Delfín. Ni siquiera el estatus real ofrecía inmunidad ante las numerosas enfermedades para las que la medicina del siglo XVIII no tenía remedio.

Luis recibió una formación intensiva de numerosos tutores, con vistas a prepararlo para las responsabilidades que iba a heredar. La religión sería un capítulo importante de su educación, en parte como reacción frente a su abuelo, el rey gobernante Luis XV, que se burlaba abiertamente de las normas de la moral católica. La amante oficial del rey cuando Luis XVI era niño, Madame de Pompadour, ejercía una enorme influencia pública en la corte. Al mismo tiempo, una larga lista de mujeres más jóvenes se dedicaba a satisfacer el insaciable apetito sexual del rey. Los padres de Luis se aseguraron de que su hijo se formara en una atmósfera de devoción

religiosa y estrictas reglas morales. Eran raras las ocasiones en que se permitía que los niños de la realeza tuvieran alguna diversión informal. Una de esas ocasiones, como recordaría años más tarde el vidriero Ménétrá, fue cuando contrataron a éste, junto con otros artesanos, para reparar unas ventanas en Versalles. Por las noches, «nos subíamos a las mesas para fingir que hacíamos esgrima», recordaba Ménétrá. «Nos traían a los niños para que vieran nuestras payasadas».¹

El futuro rey se convirtió en un joven tímido que nunca se sentiría cómodo hablando en público. Su reticencia a entablar una conversación hacía que muchos subestimaran sus habilidades intelectuales, que eran considerables. A Luis le gustaba especialmente la geografía; un minucioso mapa que realizó de los alrededores de Versalles demuestra que dominaba el tema. Sin embargo, Luis XVI no tenía casi ninguna experiencia real del mundo que representaban sus mapas. Excepto por las visitas protocolarias a París y las estancias anuales de la familia en otros palacios cerca de la capital, no veía nada de lo que iba a ser su reino. Incluso después de convertirse en gobernante, sólo hizo dos breves viajes a provincias, uno para su coronación en Reims en 1775 y otro para la inauguración de nuevas instalaciones en el puerto de la ciudad normanda de Cherburgo en 1786. Nunca viajó al extranjero. Los tutores que prepararon al joven Luis XVI para sus deberes futuros apenas dedicaron tiempo a enseñarle algo sobre la población que se extendía por los territorios que estudiaba en los mapas. En sus propias notas a su hijo, dictadas casi un siglo antes, Luis XIV había observado que «cada profesión contribuye, a su manera, al sostenimiento de la monarquía», pero sólo dedicó una frase a los campesinos y una a los artesanos.² Luis XVI no llegó a aprender casi nada sobre esos hombres ricos y cultos –abogados, médicos, comerciantes y fabricantes, funcionarios gubernamentales de menor rango– que quizá los domingos se ponían sus mejores ropas y visitaban Versalles para admirar el esplendor del palacio y sus elegantes cortesanos. Por muy bien que les fuera en sus negocios, estos hombres, igual que los campesinos y los artesanos, seguían formando parte del Tercer Estado, la categoría que servía de comodín para todos los súbditos, excepto los nobles con título y los miembros del clero.

El joven Luis aprendió latín, como todos los jóvenes educados en la Francia del siglo XVIII, y varios idiomas modernos. De sus padres, el severo y sombrío Delfín y la devota María Josefa, heredó el interés por la historia. A su padre le gustaba especialmente *History of Charles I (Historia de Gran Bretaña. De Carlos I a la Revolución de 1688)* del historiador británico David Hume; la historia del monarca del siglo XVII ejecutado por sus súbditos en 1649. La imagen de un rey llevado al patíbulo por sus propios vasallos se grabó en la mente del futuro Luis XVI; más tarde recomendaría el libro a su esposa, María Antonieta. En 1763, cuando recibieron a Hume en Versalles, Luis, un niño de nueve años, pronunció un breve discurso formal de bienvenida. El extenso resumen de los principios del absolutismo real francés que Luis copió para su gobernador, el duque de La Vauguyon, en su primera adolescencia, demuestra que conocía los principales logros de sus antepasados y las conclusiones que se suponía que había sacado de las numerosas crisis por las que había pasado Francia a lo largo de los siglos.

En casi todos los sentidos, la infancia del futuro Luis XVI no podía haber sido más diferente de la de su futuro súbdito Jacques Ménétra, quien le entretuvo un día con sus payasadas en Versalles. Ménétra nació en 1738 en París. Su padre era vidriero y lo más probable es que naciera en el pequeño apartamento del centro donde vivía la familia. Igual que el futuro rey, el futuro vidriero apenas vio a sus padres durante su infancia. Como era costumbre entre los artesanos de París, le adjudicaron una nodriza para que su madre pudiera volver lo antes posible a ayudar a su marido a llevar el negocio familiar. Ménétra todavía vivía con la familia de la nodriza cuando su madre murió al dar a luz a su siguiente hijo. Las familias plebeyas conocían mejor que la familia del rey los estragos que podían causar las enfermedades para las que la medicina del siglo XVIII no tenía cura. Según sus memorias, la nodriza de Ménétra trató de complementar los magros pagos que recibía por cuidarlo enseñándole «la profesión de mendigo». La abuela de Ménétra fue a visitar a su nieto un día y se quedó horro-

rizada al ver que el hijo de un artesano respetable corría el riesgo de caer en una vida de pobreza. Se lo llevó a casa y lo crio hasta que tuvo once años.³

La infancia y la educación del futuro Luis XVI estaban estrictamente reguladas, en cambio, los primeros años de Ménétra fueron caóticos. Tenía una voz dulce y durante un tiempo cantó en el coro de la iglesia del barrio, donde podría haber recibido una educación con vistas a una posterior carrera en el clero, pero no fue capaz de adaptarse a la disciplina de la escuela y pronto regresó a casa de su abuela. Aprendió a leer y escribir –a mediados del siglo XVIII, la mayoría de los chicos de París tenían algo de escolarización, aunque sus hermanas a menudo no–, pero en sus memorias le interesaba más destacar cómo se convirtió en «uno de los pillos más conocidos del barrio».⁴ Desde una edad temprana, Ménétra se adentró en el mundo laboral adulto. Del mismo modo que a Luis XVI se le preparó para la profesión familiar de rey, a Ménétra se le educó para seguir los pasos de sus antepasados.

Luis XVI estuvo muy poco expuesto a las realidades de la vida de otras personas, al contrario que Ménétra, que estuvo en contacto con todos los niveles de la sociedad francesa. El oficio de vidriero le llevó a entrar en las casas de los ricos, y pasó mucho tiempo trabajando en iglesias, cuyas estructuras incorporaban más vidrio que otros edificios de la época. El conocimiento de la religión hizo del futuro rey un católico obediente; gracias a su trabajo, Ménétra conoció la Iglesia entre bastidores y esta perspectiva tuvo en él el efecto contrario. Mientras trabajaba en la abadía de Saint-Denis, donde se enterraba tradicionalmente a los reyes de Francia, descubrió que los propios monjes no sabían qué huesos de santos estaban en el relicario que mostraban a los peregrinos, y perdió la fe en la santidad de la misa católica cuando vio a un sacerdote repartiendo hostias no consagradas entre sus feligreses. «Así que nunca quise mezclarme con estos hipócritas y nunca me ha gustado su compañía», concluyó Ménétra.⁵

En sus estudios de historia, Luis XVI aprendió que él era un eslabón de una cadena de reyes que se prolongaba a lo largo de más de un milenio; Ménétra tomó nota de episodios que afectaron al pueblo llano de París, pero que jamás aparecerían en los libros de

texto del futuro rey. En sus memorias, Ménétra describe una revuelta popular que tuvo lugar en mayo de 1750, cuando él tenía doce años. Al parecer, estalló por un rumor: «Se estaban llevando a los niños pequeños, para desangrarlos; así, desaparecían para siempre y su sangre se utilizaba para bañar a una princesa que sufría una enfermedad que sólo se curaba con sangre humana».⁶ La historia era falsa, pero las ganas que tenían los parisinos de creerla demostraba que el pueblo llano albergaba una profunda desconfianza en las élites que gobernaban.

Una multitud furiosa, entre la que se encontraba el padre de Ménétra, respondió al rumor atacando una comisaría de policía y quemando vivo a un presunto informante. Se sofocó la revuelta y se ejecutó a tres de los cabecillas, pero Ménétra se dio cuenta de que los plebeyos podían ejercer el poder si actuaban juntos. En 1757, poco antes de salir de París para hacer el viaje por Francia que completaría su formación como cristalero, fue testigo de un acontecimiento histórico muy diferente, uno destinado a demostrar el poder que tenía la monarquía: la tortura y ejecución de Louis Damiens, un miembro del servicio doméstico que había apuñalado a Luis XV con una navaja. Le arrancaron los brazos y las piernas, lo descuartizaron con caballos de tiro, en un procedimiento prolongado para infligir el mayor dolor posible.

Ménétra tenía dieciocho años cuando presencié esta horrible ejecución; estaba a punto de terminar el aprendizaje que le capacitaría para sus responsabilidades de adulto. En cambio, Luis XVI pasó de la infancia a la edad adulta de forma un poco más abrupta: su padre murió en 1765, lo que convirtió a su hijo de once años, el Delfín, en el heredero directo al trono. A pesar de que su abuelo, Luis XV, todavía era un hombre sano, lleno de energía, en la cincuentena, el niño sabía que en cualquier momento podría verse obligado a asumir las responsabilidades del trono. Fue entonces cuando el gobernador real, el duque de La Vauguyon, decidió que el joven Luis debía hacer un resumen de doscientas páginas sobre los principales rasgos de la monarquía francesa, un ejercicio con el que se pretendía ilustrarle para sus futuras obligaciones.

Cuando murió la madre de Luis XVI en 1767, le tocó al abuelo hacer el papel de padre. Es probable que al joven Luis le alegrara el cambio, sobre todo en algunos aspectos: su padre le tenía prohibido ir de caza; Luis XV, un cazador empedernido, enseñó a su nieto este deporte. Se convirtió en una de las grandes pasiones del futuro rey y sería el tema central del diario que empezó a llevar en 1766, cuando tenía doce años. La costumbre de llevar diarios privados para documentar los eventos de la vida apenas comenzaba a extenderse por Francia en ese momento. Algunos de los contemporáneos de Luis usaban sus diarios para describir pensamientos privados y para desarrollar un sentido de sí mismos como individuos, sin embargo, las entradas frías y poco emotivas del futuro rey dan pocas pistas sobre su personalidad. Lo que registran fielmente son los miles de ciervos, jabalíes y pájaros a los que disparó en los bosques reales que rodeaban Versalles. La caza era un privilegio reservado a la nobleza, diferenciaba a sus miembros de la gente común. La obsesión de Luis por este deporte le situó a un lado de la gran brecha que había entre los privilegiados y el Tercer Estado, al que pertenecía Ménétra.

Probablemente fue durante su adolescencia cuando Luis desarrolló otra afición que, curiosamente, tendría en común con Ménétra. El futuro rey disfrutaba trabajando con las manos. Se había contratado a un maestro artesano, que se llamaba Gamain, para enseñar al joven a hacer cerraduras, del mismo modo que Ménétra aprendió a cortar el vidrio con otros artesanos. Gamain afirmaba: «Cuando enseño el oficio a Luis XVI, le trato con un tono de autoridad», aunque es de suponer que su alumno no recibía las palizas que eran costumbre en la formación de un aprendiz. Con el tiempo, se instaló un taller para Luis en Versalles. Allí se retiraba a menudo para huir de la rutina de palacio. En la corte, su interés por las artes mecánicas se consideraba una excentricidad, no se veía como algo que pudiera acercarlo a sus súbditos.⁷

Rodeado como estaba de cortesanos ávidos por ganarse su favor para ascender en sus propias carreras, el confesor religioso de Luis le insistió en que no debía «dejar nunca que los demás leyeran sus pensamientos», un consejo que aumentó su tendencia natural a evitar la conversación. Su posición como heredero al trono tras la

muerte de su padre hacía esencial que se casara lo antes posible, para que pudiera cumplir con su deber real más importante: tener un heredero varón que asegurara la continuidad de la dinastía borbónica. Se daba por hecho que el matrimonio del rey sería concertado, del mismo modo que se entendía que sólo podía ser con una princesa de otra dinastía real. Su abuelo y su padre se habían casado con mujeres de casas reales de menor rango, que no estaban en posición de exigir mucho a los franceses a cambio de semejante honor. El acuerdo que llevó a María Antonieta –la princesa austriaca de los Habsburgo de quince años– a Versalles en 1770 para unirse a Luis, de dieciséis años, era completamente diferente.

La dinastía Habsburgo era, junto con la de los Borbones, la más ilustre y poderosa de Europa. Durante siglos, estas dos familias habían sido archienemigas. La historia de la realeza que el joven Luis había memorizado era una larga saga de guerras contra los antepasados de María Antonieta. Los generales aristócratas que comandaban las tropas del rey también se habían criado con historias de las victorias sobre los *Kaiserliches* (imperiales). La sorpresa fue mayúscula para ellos y para todo el continente cuando, en 1756, Luis XV y sus asesores más cercanos maquinaron una «revolución diplomática» que haría que Austria, no Prusia, fuera el principal aliado de Francia. De hecho, Austria y Prusia eran rivales acérrimos. El ambicioso Federico el Grande de Prusia había sumido a Europa en una era de conflictos en 1740 al arrebatar la valiosa provincia de Silesia a Austria, su vecina Habsburgo.

El matrimonio de Luis y María Antonieta tenía como objetivo consolidar la alianza entre la dinastía Borbón y la Habsburgo. Que los dos adolescentes se llevaran bien era irrelevante para los diplomáticos que negociaron el acuerdo. Tampoco les preocupaba cómo podía afectar a la pareja lo mal vista que estaba la alianza con Austria en Francia. El matrimonio fue la última gran victoria del ferviente partidario del pacto, el ministro Étienne-François de Choiseul, a quien se expulsó del poder poco después y se exilió en su finca. María Antonieta era joven y no sabía nada de política, pero comprendió que el ostracismo al que condenaron a Choiseul la dejaba a ella sin aliados en la corte francesa. No tardaría en labrarse fama de intrigante por los esfuerzos que dedicó a conseguir el favor

de la corte para los partidarios de Choiseul y reinstaurarle en un puesto destacado.

La mujer de Luis XVI era joven y guapa, y Luis XV y su corte se encapricharon inmediatamente con ella. «No se hablaba de nada más que de sus encantos, su alegría y lo rápida que era en sus respuestas», escribió su dama de compañía, Madame Campan, en sus memorias. A su nuevo marido no le hacía tanta gracia. Su gobernador, el duque de La Vauguyon, le había advertido de que tenía que estar en guardia para evitar cualquier intento que hiciera ella de influirle a favor de los intereses austriacos. El fastuoso espectáculo de fuegos artificiales que se organizó en honor a su matrimonio en París terminó siendo un desastre cuando el pánico de la multitud provocó una estampida en la que más de cien espectadores murieron pisoteados y asfixiados. La joven pareja real no acudió al evento –para gran decepción de María Antonieta, Luis XV no les permitió visitar París por primera vez hasta tres años después de su boda–, pero que su unión comenzara con semejante catástrofe era un mal augurio. Ménétrea nunca olvidó el acontecimiento. En 1770 ya había terminado su gira por Francia, había regresado a París y se había casado; el día de la boda real, él y su mujer se perdieron entre la multitud en la «celebración» que «se había transformado en noche de luto»; él pasó angustia durante horas antes de reencontrarse con su esposa.⁸

Resultó que la joven pareja real era de una ignorancia lamentable en lo que se refiere a cumplir con su deber fundamental, dar un heredero a la corona. Pasaron siete años frustrantes antes de que el hermano de María Antonieta, el emperador austriaco José II, descubriera que Luis «se queda allí unos dos minutos sin moverse, después se retira sin aliviarse jamás y da las buenas noches», y explicara a los «dos incompetentes» lo que tenían que hacer para consumar su matrimonio. A esas alturas, la incapacidad de Luis para dejar embarazada a su esposa se había convertido en la comidilla de Versalles y París, y había dañado gravemente su reputación. Florimond-Claude, conde de Mercy d'Argenteau, el embajador austriaco en Francia, fue el «cuidador» de María Antonieta. Le daba charlas regularmente sobre cuáles eran sus deberes e informaba

de todos los detalles de su vida a su madre, la emperatriz María Teresa I de Austria. En su opinión, «la frialdad que mostraba el heredero al trono, un joven marido de veinte años, con respecto a una mujer bonita era incomprensible», y se preguntaba si tenía algún tipo de deformidad física. A pesar de los esfuerzos que hacía, María Antonieta no era capaz de desviar el interés de Luis de sus dos pasiones, la caza y lo que Mercy describió como «su extraordinaria afición por cualquier cosa que tenga que ver con la construcción, como la albañilería, la carpintería y otras actividades de ese tipo». En una ocasión, los dos adolescentes se pelearon delante de sus cortesanos hasta que las quejas de María Antonieta sobre el comportamiento de Luis hicieron que él terminara llorando.⁹

Por muy distante que pareciera, Luis XVI no estaba totalmente aislado del mundo fuera de Versalles. Una de las primeras compras que hizo cuando Luis XV le dio una asignación personal fue la *Encyclopédie*, una obra de referencia conocida por ser la máxima expresión del espíritu crítico de la Ilustración. Es posible que le llamara la atención su minuciosa explicación de los diversos oficios mecánicos que tanto le interesaban, pero tampoco podría haber pasado por alto los polémicos artículos que contenía sobre política y religión. No le parecía suficiente leer las noticias censuradas de la *Gazette de France*, así que se suscribió a la *Gazette de Leyde*, un periódico no censurado que se publicaba fuera del reino.¹⁰ Sin embargo, cuando el célebre autor Voltaire, símbolo de la Ilustración, hizo una visita triunfal a París en 1778 después de años de exilio en Suiza, Luis vetó con firmeza cualquier sugerencia de invitarle a la corte. No quería que pareciera que la monarquía aprobaba sus críticas a la aristocracia y la religión revelada.

María Antonieta, infeliz y aburrida de la formalidad que conllevaba la rutina de la corte que la obligaba a pasar la mayor parte del tiempo con mujeres mayores —como las tías solteras de su marido—, se organizó su propia vida social. Una vez que, por fin, tuvo permiso para visitar París, empezó a hacer salidas nocturnas para asistir a obras de teatro y bailes de máscaras, sin contar con Luis, que quería estar en la cama a las once todas las noches. Estas excursiones pronto dieron pie a chismes maliciosos. Lo mismo ocurrió con la atención que prestaban a la reina varios cortesanos, entre ellos el

hermano menor del rey, el conde de Artois, y lo amiga que se hizo de dos jóvenes, la princesa de Lamballe y la condesa de Polignac. Incluso cuando se quedaba en Versalles, su conducta era escandalosa. Después de la muerte de Luis XV, sobre todo, su pasión por las apuestas de alto riesgo provocó toda clase de rumores e hizo que las mujeres de la alta sociedad no quisieran frecuentar la corte.

Jacques Ménétra compartía con la joven María Antonieta su gusto por la diversión y las aventuras. Cuando el joven vidriero emprendió su viaje por Francia, que era la forma tradicional de dar por terminada la formación de un artesano, ya dominaba el arte de hacer el amor que tantos problemas daba a su futuro monarca. Después de aprender lo básico con una doncella en una casa donde le contrataron para un trabajo, Ménétra se convirtió en cliente asiduo de las prostitutas de París. «Estos interludios eran tan agradables que cada día intentaba hacer nuevas conquistas», escribió en sus memorias, aunque «al final mi recompensa fue la que bien podéis imaginar y eso me hizo un poco más sabio». Por mucho que aprendiera de su primera enfermedad venérea, eso no le paró los pies. En sus memorias habla de 52 encuentros sexuales antes de casarse a los veintisiete años, una edad estándar para los franceses de a pie de la época, y trece relaciones extramatrimoniales después.¹¹

El rey estaba en la cúspide de la pirámide, en una sociedad basada en privilegios, pero sus súbditos tenían sus propias áreas de libertad, como demuestra la intensa vida sexual de Ménétra. Las aventuras de este vidriero reflejan un sentido del derecho masculino que compartía con el celeberrimo abuelo de Luis XVI. Ménétra dejó embarazadas a varias de sus amantes. Según cuenta, una de ellas se enfrentó a él e intentó apuñalarle, y varios de los encuentros que describe cruzan el límite entre la seducción y la violación. Marie-Jeanne, «Manon», Phlipon era una joven que se crio en una casa de artesanos; después se haría famosa con el nombre de Madame Roland y sería una figura importante en la política revolucionaria. Dejó un testimonio poco conocido del impacto que las agresiones sexuales ocasionales como las de Ménétra podían tener en las mujeres objeto de la agresión. Uno de los aprendices de su padre

la atacó agresivamente en varias ocasiones y el recuerdo la preocupó durante años. «Cada vez que intentaba reflexionar sobre lo que había ocurrido, pensamientos perturbadores no me dejaban pensar», recordaba.¹²

En los siete años que Ménétra pasó viajando por Francia adquirió un conocimiento mucho más amplio sobre el reino que el que tenía Luis XVI gracias al estudio de sus queridos mapas. En el curso de sus viajes, Ménétra conoció los extensos campos de trigo de los alrededores de París, que conforman el granero de Francia; siguió el curso del río Loira a su paso por ciudades como Orleans, Tours y Angers; navegó alrededor de la larga península de Bretaña en un barco corsario al comienzo de la Guerra de los Siete Años, y se detuvo en los puertos de Nantes, La Rochelle y Burdeos, ciudades dedicadas al tráfico de esclavos. En los puertos del Atlántico es muy posible que entrara en contacto con negros de las colonias francesas, unos eran esclavos y otros libres, de la «raza intermedia» que resultaba de las uniones entre hombres blancos y mujeres negras. A estos colonos educados se los trasladó a Francia con la idea de que sirvieran a sus amos y aprendieran las mismas habilidades artesanales que éstos; e igual que Ménétra, algunos se unirían más tarde al movimiento revolucionario. Desde Burdeos, Ménétra viajó por las provincias meridionales de Gascuña y Languedoc hasta la costa mediterránea y Marsella, el puerto más importante; subió por el valle del Ródano hasta Lyon, la capital de la producción de seda, y luego continuó hacia el norte pasando por Dijon, la capital de la Borgoña y desde allí regresó a la capital. En general, Ménétra viajó por las carreteras más importantes y mejor mantenidas, que fueron uno de los grandes logros del reinado de Luis XV. Estos caminos, que admiraban los visitantes del resto de Europa, unían el reino de tal manera que, en las últimas décadas del siglo, sólo se tardaba tres días y medio en hacer el viaje de París a Lyon en carruaje. (Hoy, en tren de alta velocidad se hace en dos horas).

En su periplo, Ménétra pasó por cientos de pueblos donde vivían los campesinos que constituían la gran mayoría de la población en Francia. Éstos apenas aparecen en sus memorias. Ménétra sabía leer y escribir, había adquirido los conocimientos específicos de un oficio, despreciaba la religión y tenía muy poco en común con

la gente del campo. Los campesinos no eran clientes potenciales de un vidriero: no era habitual que sus casas tuvieran ventanas de cristal. A Ménétrá y a sus compañeros no les causó ningún remordimiento robar las ovejas de un campesino para asarlas para la cena; la dueña de una granja soltó a su perro contra él y explicó que el animal sólo «cumplía con su deber».¹³ Le sorprendió gratamente otro campesino que le invitó a compartir la comida, le dejó dormir en su granero y hasta le dio un poco de dinero para que pudiera seguir su camino.

Los viajes de Ménétrá le enseñaron poco sobre la realidad de la vida del campo. Ni él ni los propios aldeanos tenían idea de que la población campesina del país había aumentado rápidamente desde la última gran crisis climática, el aterrador invierno de 1709-1710. Al pasar por los campos, es posible que se diera cuenta de que los principales cultivos cambiaban de una región a otra –trigo en Beauce, cerca de París; trigo sarraceno y centeno en las zonas más pobres, como la Bretaña y la Sologne al sur del Loira; viñedos a las afueras de Burdeos; olivos en el clima mediterráneo de la Provenza–, pero no le importaba que el modo de vida de los campesinos que trabajaban esos campos cambiara según los cultivos, la cantidad de tierra en propiedad o arrendada y sus relaciones con el *seigneur* local. Desde luego, no sabía que, con la introducción de nuevos cultivos, como el maíz y las patatas americanas, y de nuevas prácticas agrícolas, se había conseguido aumentar la productividad, lo que, a su vez, había hecho posible un crecimiento de la población.

Para Ménétrá, los aristócratas titulados, el clero y los burgueses ricos que tenían derechos legales sobre la tierra eran posibles clientes; para los campesinos, eran presencias poderosas que podían conceder o impedir un arrendamiento, exigir cuotas y pagos que suponían una parte considerable de la cosecha, y tenían capacidad para controlar a los tribunales locales que administraban la justicia en el campo. Ménétrá vivía ajeno a esta enmarañada red de relaciones entre el señor y el campesino, que desempeñaría un papel tan importante en el inicio de la Revolución francesa; también ignoraba cómo se organizaban los campesinos en sus asuntos comunitarios y

para defender sus intereses. Aunque eran pocos los que sabían leer y escribir, los campesinos tenían un fuerte sentido de sus derechos. Los consejos locales, generalmente al mando de los jefes de las familias más ricas, trataban con el señor local o, más a menudo, con el administrador de la finca del señor, sobre las necesidades de la comunidad; con el sacerdote, sobre el mantenimiento de la iglesia, y con los recaudadores de impuestos, sobre la factura anual de la comunidad, que los miembros del consejo tenían que cobrar a los habitantes. El sacerdote local, los vendedores ambulantes y las visitas a los pueblos cercanos significaban que los campesinos no ignoraban el mundo que había más allá de sus campos.

Luis XVI sabía que la mayoría de sus súbditos eran campesinos y que su bienestar era algo que le concernía, porque los impuestos que pagaban eran una parte esencial de los ingresos de la monarquía. Aunque sus vidas no podían estar más alejadas, el rey y los campesinos compartían la fe católica que Ménétra rechazaba. En el pequeño mundo rural, las familias campesinas más acomodadas también compartían la obsesiva preocupación de los Borbones por acordar matrimonios adecuados para sus hijos. Para el rey, un buen matrimonio era uno con el que se pudiera mantener el reino intacto e incluso ampliarlo; un buen casamiento en un pueblo evitaba que una granja familiar se dividiera y aseguraba que la nueva pareja heredara la posición de sus padres en la comunidad. Las familias campesinas vigilaban de cerca a sus hijos para asegurarse de que fueran aptos para el matrimonio: en un pueblo, ningún joven podría tener una lista de conquistas sexuales como la de Ménétra. El maestro de escuela Pierre Delahaye, que llevaba un diario, habla de los ruidosos *charivari*, o cencerradas, que se celebraban para castigar los matrimonios con «forasteros» de otras aldeas, y cuenta que las mujeres solteras que quedaban embarazadas tenían que abandonar la ciudad para ocultar su vergüenza.

El mundo que realmente le interesaba a Ménétra en su gira por Francia era el de los pueblos donde se quedaba un tiempo, a veces meses, y buscaba trabajo. En esos pueblos Ménétra tuvo contacto con gente de todo tipo, mucho más variada que la que Luis XVI

veía en Versalles, o la que los campesinos conocían en su vida. Al ser miembro de un gremio, o *compagnonnage*, era bien recibido en las ciudades que visitaba, y se podía alojar en la posada local del gremio, que dirigían las llamadas *mère*, o madre de la *compagnonnage*; además, se le incluía en una lista de vidrieros disponibles para realizar trabajos. Mucho antes de 1789, en estos gremios ya se practicaba lo que se convertiría en el ideal revolucionario de la fraternidad. Los miembros se trataban como camaradas, se cuidaban unos a otros en caso de enfermedad o accidente, y se defendían en los conflictos con los empleadores, con las autoridades locales y, sobre todo, con los miembros de gremios rivales. Ni los gremios de artesanos ni las logias masónicas, que atraían a nobles y plebeyos ricos, promovían ideas subversivas, pero los miembros de ambas organizaciones aprendieron a gobernarse a sí mismos según unas reglas que habían jurado obedecer voluntariamente. Como resultado, comenzaron a tener conciencia de sí mismos como parte de unas redes nacionales e internacionales –en el caso de los masones–, que trascendían las preocupaciones locales.

Los clientes de los vidrieros podían ser nobles locales que querían que se repararan las ventanas y los espejos de sus castillos; miembros del clero, que necesitaban nuevas juntas de plomo en los antiguos vitrales de sus iglesias; prósperos comerciantes y abogados locales, cuyas elegantes casas se alineaban en las calles de las ciudades de provincia, y funcionarios municipales, que colocaban faroles de vidrio para iluminar sus calles e imitar así a París. En el sur de Francia, Ménétrea entabló relación con miembros de la minoría protestante de Francia y le gustaron más «que esos fanáticos que me daban dolor de cabeza con sus sacerdotes y sus supersticiones». Asistió a algunos de los servicios religiosos clandestinos de los protestantes y le pareció que las leyes que restringían su libertad religiosa eran injustas. Al principio, no se mostró tan comprensivo con los judíos que conoció en la ciudad de Carpentras, en el valle del Ródano, uno de los pocos lugares donde se les permitía vivir legalmente. Sin embargo, después de ver lo mal que el clero católico trataba a los judíos, reflexionó que «son nuestros hermanos y [...] son iguales a nosotros a los ojos del Eterno».¹⁴